

so Manuel Gil. Porque este cuadernillo supone una serena meditación existencial sobre el tiempo y sobre la voz del escritor, sobre la palabra y sobre la historia, asimiladas al «yo personal, no egoísta, sino en relaciones individuales de amor y de amistad». Una meditación no demasiado intelectual, sino más bien sentimental. «Cuando... nuestra poesía se ahondó en memorias de la infancia, en exaltación de la vida familiar, apuntábamos a los únicos valores humanos que habían quedado en pie. En vez de aplicar la duda metódica, aplicábamos la fe metódica: creer y hacer creer en unos valores básicos, sobre los que podría hacerse más tarde, paso a paso, la reconstrucción de un español no aniquilado por la vergüenza, ni descerebrado por la propaganda oficial» (3).

Ese tiempo reflexionado, que se desgrana lentamente en este libro denso, donde no está ausente lo patético; ese narrativismo existencial de inequívoca ralgambre machadiana, nos evoca inmediatamente una urgencia por descubrir y hacernos partícipes de una intimidad que es identidad perdida y buscada con ahínco. Este libro, en el que el sentimiento no se amordaza con falso pudor, puede ser un toque de atención sobre esas etapas no cubiertas del todo en nuestro lenguaje literario contemporáneo, etapas aparentemente superadas, vistas a veces con estúpida suficiencia, pero que es conveniente estudiar con la necesaria objetividad. Se ha acusado a la generación de 1936 de tener escaso arroyo para habérselas con el lenguaje, pero quizá la explicación lógica se encuentre en su razón de ser: la confesionalidad, el narrativismo interior, familiar y sencillo, que les exigió un lenguaje sin apurar, unos elementos poemá-

uticos mínimos, pero que, por contrapartida, desarrollaban una profunda reflexión sentimental:

(Tenéis que perdonarme la añoranza: es un lujo sencillo y sin pecado./Fui también joven y el presente erguía/ su torre poderosa contra el viento./abriéndose sus brazos a la altura/ para abrazar entero el infinito).

Su individualismo no es el resultado de una complacencia narcisista, sino el ejemplo de una historia personal que se revela como eficaz testimonio de una historia colectiva igualmente patética, y el enfrentamiento de estas dos posiciones (presente-pasado) no viene sino a confirmar lo irreversible de un estado de cosas que, a pesar de todo, sigue influyendo y configurando una personalidad histórica determinada.

Los poetas de esta llamada «generación destruida» se religan a su identidad, y antes de fabricar su hábitat espiritual en la evocación de circunstancias concretas, lo que hacen es confesar el influjo de la misma en su desazonado tiempo y en su palabra imposible («En los años de la posguerra se habló mucho de las dos Españas, la vencedora y la del exilio. Pero la Historia tendrá que hablar también de una tercera España: la del silencio. Es decir, la que había sido reducida al silencio y hubo de salir de él a fuerza de abnegación, y no sin dejarse jirones de dignidad, a cambio de poder cumplir su misión de continuidad cultural y de abrir cauces a la convivencia»).

No siente reparo alguno Ildefonso Manuel Gil al utilizar la rima acosonantada en su libro; tampoco se ruboriza por echar mano de ese sentimiento lírico profundo; no se priva de la utilización de elementos tan poéticos como *luz, pájaro, cristal*, porque todos ellos son elementos y recursos que configuran sinceramente la imagen sentimental que se trata de definir, porque

todos ellos sirven como imagen de los límites denunciados, de la contemplación activa del interior, donde el tiempo sirve de catalizador de la memoria y de la vida, y donde el espacio se hace referencia connotativa de serenidad y la relación apacible que ese hombre vive en su historia personal y en su afán omnipotente de creador:

La palabra terrible que derriba los muros, / desvanecidos mármoles y desgajadas hiedras, / avivadas/cenizas del fuego en los adentros siempre ardido, / palabra salvadora redimiendo la complacida culpa del poema, / cuando la rabia rompe los delicados cauces del verso y la conciencia.

«Poemas del tiempo y del poema» es —una vez más— un libro de esos que, semicultos en colecciones mantenidas únicamente por el entusiasmo de sus promotores, debe ser conocido y leído con atención, en la seguridad que será, además de útil, ejemplar. ■ JORGE RODRIGUEZ PADRON.

Sobre Fitzgerald

El problema en España no es que no se edite (aunque también casi siempre se publica con un retraso muy considerable), sino que los títulos más significativos de la época (en muchos casos apuestas desesperadas de los editores) permanecen años en los anaqueles de las librerías, esperando el más idiota de los días: aquel en que, por obra y gracia de cualquier acontecimiento no-cultural (moda, muerte, etcétera), el nombre de su autor salta a todas las revistas y la gente comienza a comprarlo (no sé si a leerlo) y, por supuesto, a «devorarlo». Es el caso de Scott Fitzgerald. Con Melville, Twain, Faulkner y Hammett, el más importante escritor que ha dado Norteamérica. Scott Fitzgerald, esa maravillosa criatura del siglo que pasó loca-

mente por la vida toda la destrucción y la melancolía de los sueños deshechos. ¿Cuántos ejemplares había vendido Alianza de «A este lado del paraíso» antes del «boom» producido por el abominable film de Clayton? ¿Cuántos Luis de Caralt, quien había publicado «Pat Hobby», «Jovencitas y filósofos», etcétera? ¿Cuántos «Gatsby» Plaza & Janés o la Editora Nacional de Cuba? De todas formas, da lo mismo. Y bien venida sea esta moda si con ella más gente lee las páginas de esta «conciencia heroica» —como acertadamente dijo Trilling—, las alucinantes aventuras por el amor y por la muerte de este «amargo alegre». De principio ya hemos conseguido la publicación de «El último magnate» (en Rodas), su última e inacabada novela. Y, los que son causa de este comentario, esos dos maravillosos estudios modélicos: «Domingos locos» (Scott Fitzgerald en Hollywood), de Aaron Latham, publicado por Editorial Ana-

grama, y «Francis Scott Fitzgerald», de Robert Sklar, en Barral Editores. Aparte de —también en Barral— una selección de ensayos de Edmund Wilson, «Crónica literaria», con dos capítulos dedicados al gran borracho de los «Twenty».

El libro de Aaron Latham es su tesis de la Universidad de Princeton. Análisis completísimo de la actividad cinematográfica de Scott Fitzgerald en Hollywood, no se limita a estudiar los guiones (en Fitzgerald el guión era —iba a ser— [como para Thomas los radiofónicos] un nuevo campo de creación más amplio que la novela), sino que penetra en ese descenso a los infiernos que fue su vida en la ciudad de oro. El resultado es un retrato patético y casi tan en la «frontera» como algunos cuentos del maestro. «Domingos locos» es, sin duda, un libro de lectura me atrevería a decir que obligatoria.

El de Sklar es un texto a otro nivel: quizá mucho menos divertido

que el de Latham de principio, pero absorbente conforme se avanza en su lectura. Además es un estudio completo sobre la vida y la obra de Scott, el más completo que conozco, y, por supuesto, en castellano no existe otro que se le acerque siquiera. El análisis de interrelaciones vida-obra va más allá de su simple enunciado, y desemboca en un «tercer hombre», el Scott que alcanza su propio personaje y su autodestrucción, enormemente significativo, ya que no solamente resulta entonces un estudio del autor de «Gatsby», sino una meditación muy necesaria sobre el proceso creador en general y el proceso de desencanto. Robert Sklar se licenció también en Princeton, se doctoró en Harvard (este libro, como el de Latham, fue su tesis) y actualmente, es profesor de la Universidad de Michigan.

Aconsejo muy encarecidamente la lectura de estos libros y, obviamente, la de Scott Fitzgerald. Se puede, incluso, para no aburrirse entre libro y libro, jugar sobre a quién descubriremos ahora: ¿A Nerval? ¿A Joseph Conrad? ¿O, por qué no, a Cervantes, a Baudelaire?... ■ JOSE MARIA ALVAREZ.

«El camaleón sobre la alfombra», Premio Galdós de Novela 1974

Hace unos días se dio la noticia del fallo del Premio Bial de Novela Pérez Galdós, en su convocatoria de 1974, certamen al que concurren novelas editadas e inéditas y que otorga el Cabildo Insular de Gran Canaria. Finalistas fueron «Bumerán», de J. M. García Ramos (editada por Taller de Ediciones JB, Madrid), y «La calle de los árboles dormidos», de J. Leyva (igualmente editada por JB). El premio fue otorgado —por unanimidad— a la novela del escritor grancaño J. J. Armas Marcelo, «El camaleón so-



Scott Fitzgerald.

(3) Ildefonso Manuel Gil, *Sobre la generación de 1936*. «Symposium», volumen XXII, número 2. Syracuse, 1968.